

al conocimiento por el uso y la debida aplicación de nuestras facultades naturales...

8 (21). — Concedo fácilmente que existe gran número de opiniones que son recibidas y adaptadas como primeros e incuestionables principios por hombres de países, educación y temperamento diferentes, aunque muchas, debido a su absurdidad y también a su oposición, es imposible que sean verdaderas. Sin embargo, todas estas proposiciones, tan lejanas de la razón, son tan sagradas en una parte u otra, que incluso hombres de buen entendimiento en otros asuntos se desprenderían de sus vidas y de cuanto les es más querido antes que dudar de su verdad...

LIBRO II (II)

DE LAS IDEAS

CAPITULO I (I)

DE LAS IDEAS EN GENERAL Y DE SU ORIGEN

1 (1). — Todo hombre tiene conciencia de que piensa, y como quiera que lo que ocupa su mente mientras está pensando son las ideas que tiene, está fuera de toda duda que los hombres poseen en sus mentes varias ideas, tales como las expresadas por las palabras "blancura", "dureza", "dulzura", "pensar", "movimiento", "elefante", "ejército", "embriaguez", y otras. En primer lugar, debemos inquirir cómo las alcanza el hombre.

2 (2). — Supongamos que la mente es, como nosotros decimos, un papel en blanco, vacío de caracteres, sin ideas. ¿Cómo se llena? ¿De dónde procede el vasto acopio que la ilimitada y activa imaginación del hombre ha grabado en ella con una variedad casi infinita? A esto respondo con una palabra: de la experiencia. En ella está fundado todo nuestro conocimiento, y de ella se deriva todo el último término. Nuestra observación, ocupándose ya sobre objetos sensibles externos, o ya sobre las

operaciones internas de nuestras mentes, percibidas y reflejadas por nosotros mismos, es la que abastece a nuestro entendimiento con todos los materiales del pensar. Estas dos son las fuentes del conocimiento; de ellas proceden todas las ideas que tenemos o podemos tener.

3 (3). — En primer lugar, nuestros sentidos se ocupan con objetos particulares sensibles y conducen a la mente percepciones distintas de las cosas, de acuerdo con los diversos modos con que estos objetos les afectan. Así obtenemos las ideas que poseemos de “amarillo”, “blanco”, “caliente”, “frío”, “suave”, “amargo”, “dulce” y que llamamos cualidades sensibles. Cuando digo que los sentidos las conducen a la mente, quiero decir que los sentidos conducen a la mente lo que causa estas percepciones desde los objetos externos. A esta gran fuente de la mayoría de las ideas que tenemos, que depende totalmente de nuestros sentidos, y que provee al entendimiento por medio de ellos, yo la llamo “sensación”.

4 (4). — En segundo lugar, la otra fuente con que la experiencia abastece de ideas al entendimiento es la percepción de las operaciones de nuestra mente dentro de nosotros, aplicada a las ideas que alcanza por los sentidos. Estas operaciones, cuando el alma las refleja y considera, deparan al entendimiento otra serie de ideas, las cuales no ha adquirido de las cosas externas. Tales son “la percepción”, “el pensar”, “el dudar”, “el creer”, “el razonar”, “el conocer”, “el desear”, y todos los diferentes actos de nuestras propias mentes, de los cuales, siendo nosotros conscientes, y observándolos en nosotros mismos, recibimos en nuestro entendimiento ideas tan distintas como las que tenemos de los cuerpos que afectan a nuestros

sentidos. A esta fuente de ideas que cada hombre tiene en sí mismo, aunque no procede de la sensación, porque nada tiene que ver con objetos externos, sin embargo, sería muy acertado llamarla, y con bastante propiedad, “sentido interno”. Pero así como llamo a aquella otra “sensación”, llamo a ésta “reflexión”, pues proporciona las ideas cuando la mente las alcanza reflexionando sobre sus propias operaciones internas. Por reflexión, pues, querré decir de ahora en adelante, la comprensión que posee la mente de sus propias operaciones, y la forma de ellas, por cuya razón llegan a ser ideas de estas operaciones en el entendimiento. Estas dos —quiero decir, las cosas materiales externas como objetos de la sensación y las operaciones internas de nuestra mente como objetos de reflexión— son, según mi parecer, el origen donde comienzan todas nuestras ideas. El término “operación” lo uso aquí en sentido amplio, como comprendiendo no meramente las acciones de la mente sobre sus ideas, sino también ciertas pasiones que surgen a veces de ellas, tales como la satisfacción o malestar que acompaña a algún pensamiento.

5 (5). — A mi parecer, el entendimiento no tiene ni el menor atisbo de ideas que no se reciban de una de estas dos fuentes. Los objetos externos proveen a la mente de ideas de las cualidades sensibles; es decir, de todas aquellas diferentes percepciones que esas cualidades producen en nosotros; y la mente provee al entendimiento de ideas de sus propias operaciones... Examine cada uno sus propios pensamientos e investigue atentamente en su entendimiento; dígame entonces si todas las ideas originales que tiene son otras que las que proceden de los objetos

de sus sentidos o de las operaciones de su mente consideradas como objeto de su reflexión...

6 (6). — El que considere atentamente el estado de un niño recién nacido hallará pocas razones para imaginarlo lleno de ideas que constituyan el material de su conocimiento futuro. Es gradualmente como llega a adquirir las ideas. Y aunque las ideas de cualidades familiares y obvias se imprimen antes que la memoria empiece a conservar un registro ordenado, sin embargo, con frecuencia, se adquieren algunas cualidades insólitas tan tardíamente que existen pocos hombres que no puedan recordar el comienzo de su conocimiento de ellas... Creo que si un niño viviera en un lugar donde no viera otros colores que el blanco y el negro hasta que fuera hombre, no tendría ninguna idea del escarlata o del verde; lo mismo que la persona que no probó en su niñez una ostra o una piña no tiene el recuerdo de aquellos particulares sabores.

7 (7). — Los hombres poseen, pues, más o menos ideas simples, según que los objetos con que se relacionan les ofrezcan más o menos variedad y que las operaciones de sus mentes reflexionen más o menos sobre ellas...

8 (9). — Preguntar cuándo alcanza el hombre sus primeras ideas es preguntar cuándo empieza a percibir, significando lo mismo tener ideas y percibir. Sé que existe la opinión de que el alma siempre piensa¹ y de que posee constantemente percepción real de ideas tanto tiempo como existe, y que el pensar real es tan inseparable del alma como la extensión real lo es del cuerpo. Si esto

¹ Se refiere a Descartes y su escuela para los que la existencia del alma consiste en su conciencia actual, de manera que si se interrumpiera ésta, dejaría de existir. (N. del T.)

es verdad, inquirir el origen de las ideas de un hombre es lo mismo que investigar el origen de su alma. Y, según esto, el alma y sus ideas, como el cuerpo y su extensión, habrían comenzado a existir al mismo tiempo.

9 (10). — Pero la discusión de si el alma existe antes que el cuerpo, o al mismo tiempo, o poco después, la dejo para quienes conocen mejor este asunto. Confieso tener una de esas almas obtusas que no siempre están percibiendo ideas; no puedo concebir que sea más necesario para el alma pensar siempre que para el cuerpo moverse; la percepción de las ideas es al alma (a mi entender), lo que el movimiento al cuerpo: no su esencia, sino una de sus operaciones... Sabemos por experiencia que pensamos algunas veces, y de aquí inferimos esta infalible consecuencia: que existe algo en nosotros que tiene poder para pensar. Pero que esa substancia piensa perpetuamente o no, no podemos asegurarlo más de lo que la experiencia nos informe...

10 (11). — Concedo que el alma en un hombre despierto no está nunca sin pensamiento, porque así es la condición de estar despierto. Si el alma piensa en un hombre que duerme, sin ser consciente de ello, entonces pregunto si durante tal pensar tiene algún placer o dolor, o es capaz de felicidad o miseria. Estoy seguro de que no lo es más que el lecho de la tierra sobre que yace. Y ser feliz o miserable sin ser consciente de ello me parece absolutamente imposible...

11 (12). — Se dice que el alma piensa durante el sueño. Mientras piensa y percibe es capaz ciertamente de placer o dolor, así como de otras percepciones; en ese caso debe estar consciente, necesariamente, de sus propias per-

cepciones. Pero el hombre que duerme no es consciente de todo esto. Supongamos el alma de Cástor, mientras está durmiendo, retirada de su cuerpo; suposición que no es imposible para los hombres a los que me refiero, puesto que tan liberalmente permiten que existe vida sin alma pensante en los animales. Tales hombres no pueden juzgar imposible o contradictorio que el cuerpo viva sin el alma, ni que el alma subsista, piense o tenga percepción, incluso percepción de felicidad o miseria, sin el cuerpo. Supongamos, repito, el alma de Cástor separada durante el sueño de su cuerpo, que sueña aparte. Supongamos también que elige para escenario de su pensar el cuerpo de otro hombre, el de Pólux, que está durmiendo sin alma. Pues si el alma de Cástor puede pensar mientras Cástor está dormido, de lo que Cástor nunca es consciente no importa qué lugar elija para pensar. Tenemos, pues, los cuerpos de los hombres, con una sola alma entre ellos, a los que suponemos dormir y vigilar por turno: y el alma piensa en el hombre despierto, y de ello no es consciente el hombre dormido, ni tiene la menor percepción. Pregunto, pues, si Cástor y Pólux, con una sola alma entre ellos que piensa y percibe en uno lo que el otro no puede concebir, ni es consciente de ello, no son dos personas tan distintas como Cástor y Hércules, o como lo fueron Sócrates y Platón. Y pregunto si uno de ellos no podría ser muy feliz y el otro muy miserable. Exactamente por la misma razón dividen al alma y al hombre en dos entidades quienes creen que el alma piensa aparte algo de que el hombre no es consciente. Y supongo que nadie hará consistir la identidad de personas en que el ser del alma esté unido a las mismas partículas numéri-

cas de la materia, ya que, si esto fuera necesario para la identidad, sería imposible, en el constante flujo de partículas de nuestros cuerpos, que cualquier hombre fuera la misma persona dos días o dos momentos juntos...

12 (22). — Obsérvese a un niño desde su nacimiento, y se verá cómo la mente se despierta más y más por los sentidos; piensa más a medida que posee más materia para pensar. Pasado algún tiempo, empieza a conocer los objetos que, por estar más familiarizado, le han hecho más duraderas impresiones. Así, por grados, llega a conocer las personas con las que conversa diariamente y las distingue de las extrañas. Observamos cómo la mente, por grados, se perfecciona y avanza en el ejercicio de otras facultades de extender, componer y abstraer sus ideas y de razonar y reflexionar sobre ellas.

13 (23). — Si se pregunta entonces cuándo un hombre empieza a tener ideas, creo que la verdadera respuesta es: cuando tiene la primera sensación. Puesto que parece que no existen ideas en la mente antes que los sentidos las aporten, concibo que las ideas en el entendimiento coexisten en la sensación, que es una impresión o movimiento causado en alguna parte del cuerpo que produce alguna percepción en el entendimiento...

14 (24). — A su tiempo la mente llega a reflexionar sobre sus propias operaciones mediante las ideas que ha alcanzado por la sensación y así adquiere una nueva serie de ideas a las que yo llamo "ideas de la reflexión." Las impresiones, pues, que son causadas en nuestros sentidos por objetos exteriores, extrínsecos a la mente, y sus propias operaciones sobre estas impresiones, al reflexionar sobre sí misma, constituyen el origen de todo conocimien-

to... Todos esos sublimes pensamientos, que se elevan a las nubes y llegan hasta el cielo, tienen su origen y cimientos aquí. En toda la gran extensión por donde vaga la mente, en las remotas especulaciones en que parece elevarse, no se mueve un ápice más allá de las ideas que los sentidos o la reflexión le ofrecen para su contemplación.

15 (25). — En esta parte el entendimiento es meramente pasivo: y si ha de tener o no estos comienzos no está dentro de su poder... Cuando estas ideas simples se ofrecen a la mente, el entendimiento no puede rehusar el tenerlas, ni alterarlas cuando están impresas, ni borrarlas para hacer otras nuevas, de la misma manera que un espejo no puede rehusar, alterar o destruir las imágenes o ideas que los objetos puestos delante de él producen...

CAPITULO II (II)

DE LAS IDEAS SIMPLES

1 (1). — Para comprender mejor la naturaleza, el modo y la extensión de nuestro conocimiento, se ha de observar cuidadosamente una cosa sobre las ideas que tenemos, y es la siguiente: que unas son simples y otras compuestas.

Aunque las cualidades que afectan nuestros sentidos están tan unidas y son tan compactas con las cosas mismas que no existe separación ni distancia entre ellas, sin embargo, es evidente que las ideas que producen en la mente penetran, por los sentidos, simples y sin mezcla. Pues, aunque la vista y el tacto a menudo toman del mismo objeto, y al mismo tiempo, ideas diferentes —un hombre ve al mismo tiempo el movimiento y el color, y la mano siente a la vez la suavidad y el calor en un trozo de cera—, no obstante, las ideas simples así unidas en el mismo sujeto son tan perfectamente distintas como las que penetran por diferentes sentidos. La frialdad y la dureza que un hombre siente en un trozo de hielo son ideas tan distintas en la mente como el olor y la blancura de un lirio...

2 (2). — Estas ideas simples, el material de todo nuestro conocimiento, son proporcionadas a la mente por